Año I — Buenos Aires, Agosto de 1915 — Núm. 4

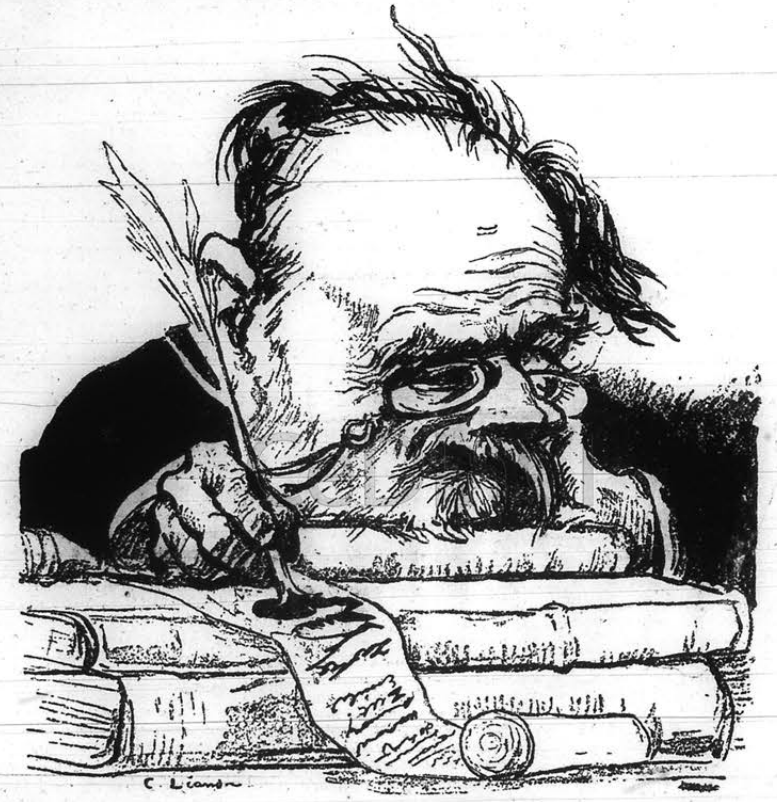
LA OBRA

PUBLICACION QUINCENAL ILUSTRADA

Oficinas: CALIFORNIA 1866
U. T. 317, Barracas

Precio del ejemplar: 10 centavos
Suscripción trimestral: 0.50

Correspondencia de redacción
a F. GIL



EMILIO ZOLA

Había en tu escudo un campo rojo; era el blasón augusto de la vida. Ese heroico esplendor levantó polvaredas de sol a lo largo de tu prosa, empurpuró tus iras épicas, y llameó en las rosas encendidas del deseo de que inundó tus jardines la sed loca de amar y de vivir.

——

¡Oh la vida, la vida, única belleza verdadera y eterna! Frente a sus enemigos y detractores, era preciso amarla en toda su fuerza, vivirla en toda su plenitud, reproducirla en toda su verdad. Y en nombre de la vida, falseada por un arte grotesco a fuer de sublime, invadiste en son de guerra los dominios del dios Hugo; y la enseña del arte realista — el que Flaubert presintiera y que Balzac esbozara — flameó triunfante y gallarda sobre la melenuda turba de románticos. Y en nombre de la vida aplastada por una civilización injusta, fuíste a las multitudes embrutecidas en la opresión y la miseria, y les dijiste los versículos caldeados del evangelio nuevo. Y en nombre de la vida acosada por una religión de muerte, te deslizaste en el templo sombrío donde un dios que tiene los brazos abiertos, un dios de esclavos, llama a los pobres de espíritu al reino de los cielos; y bajo aquellas bóvedas heladas resonó tu grito atronador y formidable: «¡bienaventurados los que saben, los hombres de energía y de acción, porque de ellos será el reino de la tierra!»

——

Bárbaro genial, no supiste de respetos. Rudo y salvaje, lo que tenías lo dijiste a gritos, en mitad de la calle. Tus labios no conocieron la sonrisa; estaban formados para el apóstrofe; y el apóstrofe relampagueó en ellos contra todas las iniquidades. Tus manos se levantaron al cielo, pero crispadas en puños. Manos de luchador, eran demasiado groseras para la caricia. Y no sonreíste, y no acariciaste; y tu piedad a base de odios se desbordó de tu pecho en fragorosos clamores, en viriles acentos de protesta.

I. I. S. G.
COLLECTIE
UGO FEDELI

Color y fuerza: he ahí tu arte, tu arte evocador y maravilloso. A su conjuro, toda una humanidad se levanta desde el fondo del libro retorciéndose en las crispaciones de la pasión al rojo blanco. Pasa la carne enferma, la carne mala. Viene de la noche, y allá va con arrebato de ola; y es la raza maldita de los Rougón Macquart devorada por apetitos insaciables. Pasan los sanos, los heroicos, los vencedores del dolor; y es la férrea estirpe de los Froment; allá van, cara al sol, generosos y visionarios, gestando el mundo nuevo en la agonía de un mundo que se acaba. Todos, buenos o malos, pasan con firme paso, afirmando su personalidad en cada gesto, desparramando vida a manos llenas. Porque en tu taller no había pasta de vencidos. Tus tipos, apóstoles o bribones, son siempre fuertes; llevan un sello inconfundible: la energía. Era tu marca de fábrica.

———

La envidia porque eras grande, y el odio porque eras fuerte, se arrastraron en tu huella mordiéndote los talones. ¡Oh el cerdo triste, el bebedor de sangre, el plagiador de Balzac!... Fué la alianza de la impotencia y la mentira. El académico miope desde la cátedra y el soñador estéril desde la torre ebúrnea, el moralista mojigato y el sacerdote tenebroso te vieron llegar aterrados, y te llovieron sus piedras. Querían aplastarte bajo sus golpes, y a cada golpe te arrancaron una vibración. Así, irguiéndote bajo el insulto, creciendo bajo la befa, batallador y terrible, tú fuiste contra todos, y sobre todos alzaste el pedestal viviente de tu gloria.

———

Ahí queda tu obra, inconmovible, eterna. Tu obra atravesará los tiempos porque en ella se condensa una época. Tu siglo en ella chorrea sangre. Tú recojiste su caudal de angustias y esperanzas y con ellas amasaste los «Rougón Macquart, y edificaste las «Tres ciudades», y prendiste como un sol en el horizonte el ensueño enorme de «Los cuatro Evangelios». Y al hombro con la carga de la centuria ida, llegaste a los umbrales de la nueva. Tu figura, alzada así entre dos siglos, parece simbolizar la vida del uno, atormentada y vibrante, proyectada sobre el otro en magníficas visiones de Verdad, de Trabajo y de Justicia.

Elías Albert.

Bs. As., Agosto de 1915.

FRAGMENTO

De Emilio Zola

Era admirable el espectáculo de victoria que Lucas tenía siempre ante los ojos; la ciudad feliz cuyos tejados de colores vivos entre los árboles, se dilataban ante su ventana. Después del primer paso doloroso de la generación primera, imbuída por los antiguos errores, las generaciones nuevas, educadas por escuelas talleres, seguían la marcha de modo fácil, gracioso, alcanzando los horizontes que se tuvieran por quiméricos. Gracias al continuo mudar, los hijos y los hijos de los hijos parecían tener otro corazón, otro cerebro; era fácil la fraternidad, porque el bien práctico de cada cual, estaba en el de todos. No había comercio, que era robo; dinero criminal, avaricia; no había herencia, nadie nacía con el privilegio del ocio; no había degollinas en torno a los testamentos. ¿Para qué aborrecerse, envidiarse, codiciar lo ajeno con fuerza o dolo, si la fortuna pública era de todos, y cada cual nacía, vivía y moría tan rico como el vecino? El crimen ya no tenía razón de ser, era estúpido, todo el salvaje aparato de represión y castigo se había hundido por inútil, gendarmes, tribunales, cárceles. Había que vivir en medio de este pueblo, que ignoraba la guerra, y amaba el trabajo solidario, para ver que las pretendidas utopías de dicha universal se hacían posibles. Las pasiones no sofocadas, cultivadas, se hacían virtudes, energías. La dicha legítima estaba en el desenvolvimiento de los cinco sentidos, y del sentido del amor, pues el hombre debía gozar, satisfacer sus deseos sin hipocresía, a la luz del sol. Todo esto era la religión de la vida, libre de dogmas.

No había autoridad; el nuevo pacto social se fundaba en el trabajo necesario, la ley y el culto. Nadie impedía la expansión de cada cual; el ciudadano progresaba a su modo en su deber de trabajador; formaba parte de los grupos que quería, pasaba del campo a la fábrica, según sus facultades y su deseo. No había lucha de clases, pues sólo había una; todos eran igualmente ricos, con la misma instrucción y educación, sin diferencia alguna en traje, habitación y costumbres. Era el trabajo rey, el sólo dios, de una nobleza soberana, que había rescatado a la humanidad, y le daba el vigor, el amor y la belleza.

Sonreía gozoso Lucas, cuando un soplo de brisa matinal le traía las carcajadas y los cánticos, cuya sonora alegría le mandaba la ciudad a todas horas. Era el trabajo fácil, delicioso. Pocas horas al día, casi todo era vigilar, porque las máquinas nuevas habían llegado a tener pies y manos, como los esclavos antiguos. Levantaban montañas, cogían los objetos más delicados y los modelaban con esmero infinito. Andaban, obedecían, como animales sin dolor, gastándose sin fatiga. Por ellas, el hombre acababa por reconquistar la Naturaleza.

Era un lujo, abundancia prodigiosa de manufacturas de las flores y frutos de la tierra. Cada ciudadano vivía como un príncipe con algunas horas de trabajo. ¡Ya no había la servidumbre de las diez horas! Esta reducción del trabajo material había hecho florecer los estudios de los sabios, las obras de los artistas, abriendo el campo de la inteligencia a todos. En los laboratorios, descubrimientos maravillosos cada semana. El pensamiento humano se hacía superior, porque el pueblo entero estudiaba la verdad por métodos experimentales; las grandes inteligencias ya no eran excepciones; el genio era legión.

Ya la química transformaba la alimentación; aunque la tierra no hubiera producido más trigo, ni olivos, ni viñas, de los laboratorios habría salido bastante pan, aceite y vino para abastecer la ciudad entera. En física, en materia de electricidad sobre todo, los inventos seguían ensanchando los límites de lo posible; daban a los hombres la omnipotencia de los dioses, sabiéndolo, viéndolo, pudiéndolo todo. Después el vuelo de los artistas, la belleza más amplia, floración inmensa, universal, con que todos podían perfumarse y adornarse. No había artefacto, por humilde que fuera, en que no interviniese el arte en la forma, en el color, en la expresión. Lange, con sus ladrillos esmaltados, su alfarería polícroma, había sido el primero en embellecer la vida cotidiana del pueblo; y ahora venían legiones de artistas; lo era cada obrero; iba aneja a cada oficio la belleza innata, grande, simple de obra vivida, buscada, adaptada a su servicio propio. Todas las artes florecían con la inspiración popular en las almas; por las pasiones libres, por el amor compartido. En esta dirección universal la música era la voz del pueblo feliz; y músicos, hijos suyos, encontraban para él cantos sublimes cuya contínua armonía era como un baño ideal en teatros, talleres, casas y calles. Edificaban arquitectos, para el pueblo, palacios inmensos y soberbios, con la amplitud y la majestad una y variada de la muchedumbre; con la adorable variedad fantástica de miles de individualidades que allí se resumían. Los escultores poblaban de bronces, de mármoles vivientes los jardines y los museos; los pintores adornaban las escenas de la vida ordinaria, los edificios públicos, las estaciones, los talleres, las bibliotecas, las salas de espectáculos, de estudio y de recreo; y sobre todo había escritores que daban a este pueblo innumerable que los leía, obras robustas, poderosas, de aliento, nacidas del mismo pueblo y escritas para él. El genio, en que se acumula la energía intelectual de las generaciones, se agrandaba en aquella humanidad más instruída y libre. Jamás había tenido tal esplendor. No era la flor de estufa de una literatura limitada, aristocrática; brillaba en plena humanidad, con poemas en que rebosaba la vida de todos, que todos habían ayudado.

Y Lucas lleno de serenidad, sin temor en el porvenir, veía su ciudad seguir creciendo como persona fuerte y hermosa, de juventud eterna.

Había bajado de las gargantas de Brías, entre los dos promontorios de los Montes Bleuses, y ahora invadían las praderías de la Rumaña. Las fachadas, blancas, en el buen tiempo, reían entre prados, sin que el humo manchase la pureza del aire; no había chimeneas, la electricidad reemplazaba la madera y el carbón. El gran cielo azul tendía su tapiz de seda ligera inmaculada. Por doquiera surgían casas, calles, fuentes innumerables, el rumor de muchas aguas; perpétua alegría. Un pueblo libre, feliz, fraternal, es foco de atracción. Los pueblecillos de los alrededores, Saint-Cron, Formeries, Magnolles, habían seguido el ejemplo de Beauclair. Era el contagio irresistible de la dicha; y no haría obstáculo para la

(Continúa en la pág. 15)

LA OBRA.=

PUBLICACIÓN QUINCENAL ILUSTRADA

SUPLEMENTO DE "LA PROTESTA"

Año I — Buenos Aires, 2a. quincena, Agosto de 1915 — Núm. 4

El militarismo

—

En nuestra época, en que la religión «Patriotismo» ha sustituído, para mucha gente, a la religión cristiana, sin que en ninguna de las dos haya podido ser bien determinado, bien concebido, el objeto del culto, es probable que muchos hallen que es singularmente audaz que se ose tocar la profesión militar, sagrado entre lo más sagrado, porque es la salvaguardia de la patria. Se nos dirá que hacemos obra de antipatriotas y que profanamos el santuario. Poco importa al sabio semejantes clamores, poco importan al hombre de ciencia, consagrado a la investigación de la verdad. Cuando el sabio ha hallado o cree haber hallado la verdad, su deber es proclamarla al mundo entero, resulte lo que resulte para él, para los suyos o para su patria.

La guerra es el objetivo de la profesión militar. Toda guerra implica necesariamente la violencia y ésta se manifiesta por los asesinatos, violaciones, saqueos e incendios.

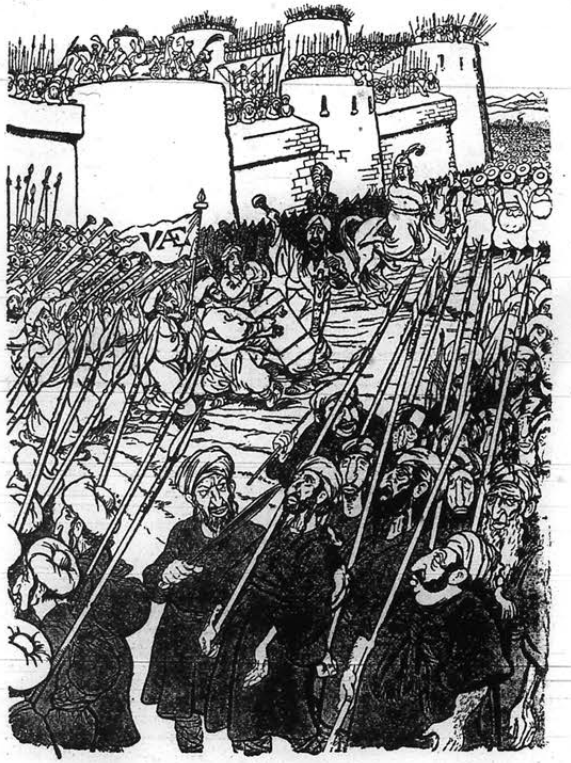
Los individuos que escogen esta profesión, lo hacen impulsados por el interés personal; en esta elección no entra para nada el amor a la patria y la colectividad. El deseo de una existencia libre de los ciudadanos de la lucha por la vida, con un sueldo regularmente pagado, existencia análoga a la del funcionarismo estatista, pero con la ventaja de que da consideraciones a los profesionales; el deseo de vestir un uniforme que establece una distinción entre el común de los mortales y facilita la entrada en el gran mundo; la vanidad de mandar a otros individuos que tendrán que obedecer sin murmurar o sufrir penas enormes; una afinidad natural por este oficio, cuyo fin es sanguinario; una energía insuficiente y una incapacidad, consciente o no, para conquistar un puesto en el mundo de la importancia, como ambicionado en el campo de las letras, del arte o de la ciencia; un desdén hacia los negocios, el comercio, o una imposibilidad de entrar en ellos por falta de capitales; todo esto son los motivos, confesados o no, que conducen al individuo a entrar voluntariamente en la profesión militar.

Estos individuos están predispuestos a la violencia por su organización psíquica resultante de su organismo fisiológico, de su ambiente físico, educativo y social. Por su educación profesional, por el hábito de su profesión y a la facultad de matar natural al animal, vénse gradualmente empujados hacia la anestesia moral, que amenudo se complica con una analgesia física. De ahí resulta un desprecio por la vida humana y el dolor, tanto físico como moral. Este estado mental del militar de profesión, revela su moralidad y caracteriza su criminalidad oculta por la violencia. El carácter «Violencia» se descubre siempre bajo una forma más o menos atenuada, más o menos exasperada.

La educación profesional provoca en los individuos el desarrollo del espíritu profesional, sobrevivencia del espíritu de clase que se exagera por el hecho de llevar el uniforme y la espada, signos distintivos que acompañan al individuo en todas las fases de su vida, verdadera túnica de Nessus. De este espíritu profesional que se exaspera por el atavismo mental de la preminencia que antes tenía la profesión en la sociedad, resultan una infatuación profunda y una convicción infantil de una superioridad sobre todos los demás hombres.

Esta infatuación agregada al ejercicio de un poder casi sin freno, gracias a la solidaridad, desarrolla en todos los profesionales esta verdadera enfermedad mental que Lacassagne ha llamado Cesarita, la cual, combinada con la característica «violencia», engendra la forma de criminalidad oculta que se manifiesta en los atentados, salvajes muy a menudo, contra el inferior y contra el paisano.

En todos los individuos miembros de una profesión y que se distingue del vulgo por insignias temporales (magistrados) o permanentes (militares), el sentimiento general de la solidadridad que existe hasta en el animal (1), queda restringido a los colegas o a una sección



Página para la historia: Una ciudad europea en la actualidad.

de la profesión si hay diferencias en su seno. No se hace extensiva, como en los demás hombres, a una fracción más numerosa de la colectividad o a su conjunto, o mejor a la humanidad entera.

En el militar profesional la solidaridad queda absolutamente localizada en su base. A este sentimiento mezquino de hecho aunque derivado de un sentimiento grande, se agregan los demás fenómenos de la mentalidad militar, anestesia moral, idea de superioridad, idea de posesión de los seres sobre los cuales se ejerce poder. Por último se agrega asimismo la influencia deletérea de la obediencia pasiva que destruye en el militar de profesión la poca individualidad que podría poseer, lo automatiza, pues solamente ve, siente, piensa y obra con autorización de su superior.

No es dueño de su yo, no es más que el reflejo de su superior. Quien ha obedecido, dijo Renan, es un «opitis minor», manchado en el mismo gérmen de la vina noble. «Esta obediencia pasiva vuelve servil al individuo en presencia de sus superiores y arrogante ante sus inferiores. Todas estas causas provocan actos análogos a los ejemplos que hemos citado.

La finalidad completamente sanguinaria de la profesión, los medios que em-

plea, la predisposición de los individuos a adaptarse perfectamente a esta profesión, la manera de obrar de estos mismos individuos, todo esto demuestra una moralidad bárbara, análoga bajo muchos aspectos a la de los salvajes. Esta moralidad bárbara ofrece muy atenuado el sentimiento de justicia tan inherente a la naturaleza humana; esa moralidad ni siquiera refinada como la de los individuos civiles salidos de una misma capa social, tiene el mérito de ser neta, no está velada por una hipocresía que hace difícil para el sociólogo el estudio psicológico de las profesiones.

Según la moralidad militar, el desacato a la moralidad común es de una intensidad vituperable o penal menor que el desacato a la disciplina militar; el renombre del cuerpo es superior a toda otra consideración y motiva todas las infamias; el militar profesional tiene todos los derechos sobre los inferiores y «a fortiori» sobre los paisanos.

Una moralidad semejante justifica lo que escribía A. Corre: «Basta ya de estas paparruchas que nos presentan el militarismo como el «nec plus ultra» de las bellezas terrestres, la semilla de los grandes corazones, la escuela donde se adquiere el desprecio a la muerte y el espíritu de sacrificio. El militarismo es una escuela de desmoralización y de miseria. No veo que ventaja halle el hombre en preferir la muerte a la existencia libre, no reducida por las privaciones, útil; tocante al espíritu de sacrificio no faltan ocasiones en la vida común en que el paisano sabe dar pruebas de sacrificios con un heroísmo menos bullanguero y sobre todo más desinteresado que el militar por vocación.

Con muchísima razón terminaba N. Colajanni, en su «Sociología criminal», el capítulo consagrado a la guerra y al militarismo con estas líneas:

«En resúmen la guerra y el militarismo engendran el horror al trabajo útil; favorecen la tendencia a la pereza; crean nuevas necesidades a los soldados sin darle los medios adecuados para satisfacerla; despiertan todos los primitivos instintos feroces y egoistas; cambian el respeto al derecho en un respeto exaltado a la fuerza brutal; conducen por caminos directos e indirectos a la miseria, al suicidio, al desequilibrio mental, al delito.

Tales son los tristes resultados de estas siniestras instituciones según las pruebas históricas y estadísticas».

En suma, como con mucha razón dijo este criminólogo, como lo prueban los ejemplos relatados en esta obra: «El militarismo constituye una verdadera escuela del crimen».

A. Hamon.

Pensamiento

Los revolucionarios deben estar siempre de prisa; el progreso no tiene tiempo que perder; desconfiemos siempre de lo inesperado. No nos dejemos sorprender y coger desprevenidos. Es menester ir pasando la vista por todas las costuras hechas, y examinar su consistencia y solidez.

V. Hugo.

POLÍTICA Y FILOSOFÍA

Para "La Obra"

Existe un visible paralelismo entre las oscilaciones de la historia política y el predominio de los sistemas filosóficos. Hay, en efecto, sistemas que se inspiran en el libre examen, favoreciendo toda aspiración innovadora y progresista; y otros hay que procuran justificar los errores dogmáticos y las coacciones políticas, acomodándose bien con los regímenes conservadores y reaccionarios. La libertad y la democracia son amigas de la verdad sin velos; la opresión y el privilegio viven del Error, o sólo consienten las verdades poco comprometedoras.

Los «grandes filósofos», como creadores de verdades nuevas, fueron siempre, en su tiempo, factores de revolución cultural y social, generalmente adversos a la filosofía enseñada oficialmente por el estado. Este, en cambio, tuvo siempre a su servicio a los «filosofistas» o profesores de filosofía, cuya función no es crear verdades, sino embrollarlas, procurando acomodarlas a los ideales e intereses de las clases que gobiernan el estado.

Toda la evolución de las doctrinas filosóficas podría narrarse como una lucha incesantemente renovada entre los grandes filósofos que buscan la Verdad y los filosofistas oficiales que intentan ocultarla.

En cada época y lugar existe una «filosofía oficial», representada por el conjunto de creencias o doctrinas que la clase gobernante considera propicias a la estabilidad del régimen político: es siempre una filosofía de clase, un sistema de errores y mentiras convencionales.

Mientras los filósofos creadores buscan la verdad o crean nuevos valores morales, los profesores de la filosofía oficial no vacilan en sacrificar la verdad a la conservación de la moral vigente, que es una base del orden político. Todo cambio de ideas es concebido como una posible subversión del régimen y es, por ende, temible; el temor de esa posibilidad es justo y bastaría la Revolución Francesa para demostrarlo, en cuanto la declaración de los derechos del hombre — traicionada después por la burguesía triunfante — es un trasunto de la filosofía racionalista y atea de la Enciclopedia. El reverso es igualmente exacto; la ética Kantiana del deber abstracto y absoluto es una afirmación del estadismo contra el individuo, una fuerza de disciplina y subordinación, propicia a una nacionalidad que debía encarrilarse hacia el nacionalismo imperialista.

Aparte de esos aspectos particulares, la filosofía ofical de las clases dirigentes es siempre un instrumento de educación conservadora; su exponente concreto suele ser una determinada «teología religiosa», más o menos oficial, según los casos, que es, de hecho, la filosofía que el estado da en pasto a las masas, satisfaciendo sus curiosidades metafísicas mediante las soluciones más favorables al orden social vigente, sin escrúpulo alguno respecto de la cantidad de Verdad o Error que ellas contienen. Frente a los dogmas oficiales u oficiosos, difundidos por el estado o por los profesores que viven de él, encontramos, en todo tiempo la «filosofía naturalista», representada por filósofos independientes que buscan la Verdad en la Naturaleza y la moral en la Vida, sin preocuparse de que la filosofía y la moral puedan resultar peligrosas o nocivas para el orden político. Entre unos y otros suele fluctuar un grupo de cultores de la «filosofía ecléctica», cuya misión consiste en conciliar la cantidad de Verdad que no puede ya negarse con la cantidad de prejuicios que aún conviene defender; en las épocas revolucionarias ellos preparan la reacción y en las épocas reaccionarias ellos preparan el renacimiento.

Las filosofías teológicas son instrumentos universales de perpetuación de errores primitivos; las filosofías eclécticas son transitorias adaptaciones a los intereses culturales o políticos; las filosofías naturalistas constituyen una serie continua de etapas, persiguiendo progresivamente la Verdad.

Las primeras fundan su ética en la fuerza tradicional de mitos y leyendas admitiendo que las normas de la conducta humana son reveladas y materia de obediencia ciega; las segundas adaptan la moral a los intereses creados en la sociedad, aún a precio de la Verdad; las terceras tienden a ensanchar el horizonte de las verdades conocidas, sin mirar al pasado que pueda comprometerse y procurando buscar en la experiencia los fundamentos de una ética social.

Las filosofías naturalistas afirman que la Verdad no puede nunca ser obstáculo para la moral; enseñan que ella es siempre un resultado de la experiencia social y evolutiva como la sociedad misma. No creyendo en la existencia de dogmas o principios inmutables, buscan la Verdad sin vacilar ante las consecuencias que ello reporte a la solidez del régimen político y social vigente.

Interrogar a la Naturaleza y a la Vida, implica prescindir de la conveniencia y la oportunidad de sus respuestas. Pertenecen a este grupo los sistemas formulados por los filósofos independientes de todos los tiempos y por todos los que cultivan la filosofía partiendo de la observación y la experiencia que, en decir de Pomponacio, «son la balanza de la Verdad». El filósofo verdadero — el arquetipo del género — trasciende el tiempo y el espacio; no es de una religión, de un partido, de una casta o de una oportunidad. Es humano; su Verdad es punto de una misma línea, que se prolonga en todas partes y en todo tiempo.

Siendo las ciencias — abstractamente, la Ciencia, — el resultado de la observación y la experiencia aplicadas a resolver los enigmas de la Naturaleza y de la Vida, todos los sistemas filosóficos naturalistas constituyen una serie progresiva de verdades cada vez menos inseguras y más vastas; y la serie no puede cerrarse, por cuanto está en crecimiento incesante, ampliándose sin cesar sus fundamentos tomados de las ciencias de la naturaleza.

Se conviene actualmente en llamar «Filosofía Científica» al conjunto de tendencias o sistemas naturalistas que proceden según los métodos científicos y cuyos postulados comunes son los conceptos de evolución y determinismo. Simpática a todas las tendencias de la «izquierda social», esa filosofía naturalista es temida y combatida por las fuerzas de la «derecha», que temen ver subvertidos los dogmas políticos, sociales y morales; los elementos reaccionarios procuran oponerle la instrucción religiosa, cuyas verdades teológicas pueden ser errores pero no comprometen el orden y la disciplina social. Entre la Teología y la Ciencia florecen todos los eclecticismos: neoespiritualismo, neotomismo, neohegelismo, neokantismo, neoidealismo, etc.; profesarlos es un modo solapado de oponerse a la Ciencia—que es progreso, libertad y democracia — sin rendirse a la Teología — que es rutina, opresión y privilegio.

Las clases conservadoras y los espíritus reaccionarios asisten con simpatía a los progresos de estas escuelas eclécticas, que son sus aliadas en cuanto se oponen a la difusión de verdades peligrosas para los intereses creados. El progreso de las ciencias y de la filosofía científica, sólo puede contar con las simpatías de las clases progresistas y los espíritus revolucionarios. Marchando hacia la Verdad se va haciendo el Porvenir.

José Ingenieros.

Los vencejos

Precisamente hoy mismo llegó gente de fuera, de muy lejos. Los vencejos chillan en grupos de cuatro o cinco, en correrías desesperadas, como locos. Hacen sus nidos en los agujeros que en las paredes dejaron las vigas. He ahí entorno de mi casa a los vencejos, pueblo belicoso y extranjero, vestido de negro opaco. No vivirán, no podrán vivir en paz con las golondrinas. Tendré que presenciar sus disputas y sus guerras... Pero no, dejad que os cuente un hecho de que he sido testimonio hace poco. Un vencejo (forzosamente una hembra: ciertas bondades se suponen mejor en una que fué o va a ser madre), un vencejo va y viene, con su vuelo de flecha, a uno de mis nidos de la balaustrada. ¿Querrá apoderarse de él? ¿Querrá de él arrojar la familia que ya lo habita? No; mi vencejo lleva en el pico, cada vez que llega, algo de comer; se detiene un momento en el borde del nido, y tan pronto como le desembarazan de su carga, emprende de nuevo el vuelo. ¡Oh caro y buen vencejo! Tal vez tu no tienes nada que hacer hoy, tal vez no tienes aún compañero o compañera, y para no estar... (iba a decir mano sobre mano, pero me acuerdo de que no se trata de hombres), para no estar ocioso, prestas tu ayuda a una golondrina, a un ser de otra nación y de otra raza, que acaso tiene demasiada familia y mucho que hacer y poco que comer. ¡Caridad internacional! O, caso más piadoso aún, ¿se trata de huérfanos y otro pobre les alimenta y saca avante como mejor puede?

Hombres, diré como en una fábula para niños: hombres, imitad a mi vencejo. Ayudaos y amaos por encima de la familia y de la nación. Formad una sola fraternidad, una sola familia.

Juan Pascoli.

AMEGHINO

(RECORDÁNDOLO)

1911 6 de Agosto 1915

"Salió del llano para volver al llano"

Para "La Obra"

El doctor Enrique Herrero Ducloux, uno de nuestros más distinguidos hombres de ciencia y armado caballero del ideal, refiere que cuando el sabio dictaba sus clases en el Museo de la Universidad de La Plata, solía tener entrevistas o conversaciones científicas. El doctor Herrero vivía en Buenos Aires y cuando no era posible conversar después de sus clases, concurría expresamente de la Capital al domicilio del grande hombre a los efectos de tan bellas tenidas. Una de estas veces llega el doctor Herrero al objeto mencionado como a 8 p. m. y se encamina hacia el domicilio del sabio, de cuya situación no estaba completamente seguro, pero, además de tener una lejana reminiscencia, confió en la «popularidad» que un hombre como Ameghino debía forzosamente tener.

En efecto, esa reminiscencia lo llevó a la cuadra misma de la calle 60 en que estaba la casa del maestro, que era a su vez una modesta librería. No dando con la puerta precisa de dicho domicilio, se decide a interrogar a los vecinos. ¡Y aquí fué Troya! Las dos o tres primeras familias a quienes pregunta, se quedan admiradas de un nombre tan extraño y la contestación del magyar de la leyenda, fué todo lo que pudo obtener. Va a una cuarta e inquiere: «¡tendría la amabilidad de indicarme la casa del sabio Ameghino?».

—...«Ameguin»... — ¡No señor, doctor Florentino Ameghino!».

—Amenguin... «¡Pero cómo es posible que no conozcan dónde vive el sabio Ameghino!». — Nunca lo hemos oído nombrar, señor. — «Estoy seguro que por aquí tiene su casa; la que está, precisamente, situada en una pequeña librería», dijo por último el doctor Herrero.

«¡Ah!», exclamaron todos a uno, «lo hubiera dicho antes: el «librero» de la cuadra, ese sí que sabemos donde vive, vive allí», e indicaron el domicilio tan anhelosamente buscado.

Tal era el conocimiento que se tenía de este hombre genial que llevó el dulce nombre de la Argentina hasta las remotas y misteriosas márgenes del Ganges en alas del reverberante pensamiento humano. Y esto pasaba en la ciudad donde hizo de su vida un apostolado, de su ciencia una vocación de fuego y de su amor un ejemplo.

Lo conocían como sórdido librero; sabían del duro hierro de su industria, pero no del bello diamante de su espíritu. Fué un exótico en su propia casa.

En fin, esa es la ley, dura ley humana que condena al conocimiento simple de la superficie de las cosas y de los hombres: se conoce el continente, pero no el contenido; a los sofistas, desconociendo a Sócrates; a la Escolástica y no al humanismo; a los sátiros groseros, cubriendo a Juvenal; a la belleza y no a la virtud; se confunde el comentario con el ejemplo mismo; la exterioridad por la vida; el instinto por el sentimiento; el amor por la pasión; la humildad por el servilismo; la altivez por el orgullo; la libertad por el libertinage; el gesto por el valor; a la muchedumbre por el pueblo; a los destructores por los redentores; a los grandes por los pequeños; al sátrapa por el griego; a Cartago por Atenas...

¡Ameghino! fué una figura flamígera. No es un hombre del siglo XX, no obstante sus luces esplendorosas y sus máquinas de ofr, palpar y recordar verdades: por su moral y severa sencillez pertenece por entero al siglo de Pericles; por su valor de «santo» moderno, de verdadero estoico coronado con los laureles de la gloria silenciosa que da la ciencia, es un hombre del 89; por su positivismo real, amplio y sano, es hermano predilecto de Augusto Comte; y por su ciencia, ¡ah por su ciencia! no es hijo de este siglo, pertenece por completo a la época del «super-hombre» que proclamara aquel «bárbaro peregrino» que se llamó Federico Nietzsche.

En tal sentido, cierra con su espíritu inmortal la Edad Contemporánea.

Fué profeta y fué patriarca y, sin discusión, es el que preludia con clarinadas bíblicas el gran renacimiento de la biología; es decir, el que demuestra la imposibilidad de estudiar la sociología sin base biológica o sea funda, sin quererlo ni saberlo, la sociología biológica con base real.

Pero Ameghino es todavía algo más: fué un «vidente». Presagió a larga distancia con mirada de águila, como los profetas antiguos las teorías más estupendas de este siglo. A este respecto, puede afirmarse que más fué lo que dejó de hacer, pero «previó», que lo que «hizo».

Ameghino, científicamente, no es un hombre: es más que un hombre y es más que un dios: lo primero porque fué un genio y lo segundo porque existió. Siendo genio, escapa al plano inferior de la humanidad doliente y vive solo y dialoga solo, pues era el único que se comprendía intelectual y moralmente. Por eso la obra del genio suele ser un eterno monólogo: «el áscua no ha nacido para ser comprendida por la escoria».

Con toda razón y sin hipérbole, podríamos decir, parodiando, que si bajo este nuestro cielo hubiese germinado solo el espíritu inconmensurable de Ameghino — y sabemos que también germinó aquí el de Sarmiento, el magnífico, —ello bastaría para que todo cerebro exquisito depusiera su ofrenda ante la gran madre Argentina, que con ello probó al mundo que no solo tenía la Pampa para saciar el trabajo de los ascetas y guapos inmigrantes y matar paupérrimas hambres; ni valles casi bíblicos que parecen juguetes del terreno; ni ríos cristalinos y limpios, ni montañas desafiantes, ni tierra fecunda como las madres exóticas de la leyenda..., sino cerebros diamantinos capaces de llenar el mundo de los vivos con su ciencia inmortal y el de los muertos con el perenne recuerdo de su monolítica obra.

Hay hombres que con grandeza inusitada encarnan la época en que vive, aunque la época no los conozca ni los comprenda. Ameghino fué uno de esos: dándolo todo nada pidió: por eso fué apóstol.

Bien hizo Hugo en dividir a los humanos en hombres «océanos» y en hombres «astre». Ameghino es el caso típico de los primeros: hasta la ola supo detenerse mansa ante su maravilloso poder y flamígera luz.

No hay que olvidar para nuestra enseñanza que sobre pocas de esas columnas está constituída la grandeza de la República. Moreno «funda» la democracia; Rivadavia la «legisla»; Sarmiento la «educa» y Florentino Ameghino la eleva, la engrandece, la incorpora a la ciencia del mundo y la muestra diamantinamente ante la atónita espectación del extranjero deslumbrado que estaba acostumbrado a no ver sabios autóctonos».

Tales son, para mí, las columnas de Hércules de nuestra civilización: las que han resistido valientemente, porque son de granito, los embates feroces del caudillo, los disolventes de la política cuartelera; la indiferencia del ambiente, de ese ambiente que todo lo espera del cielo como en los mejores tiempos de Moisés y los flamantes ataques de los modernos redentores que piensan todavía que es posible destruir sin construir.

La vida de Ameghino es un evangelio, fresco, lozano y sencillo como el del Galileo; su obra es de bronce; su voluntad es de acero y su ideal vibra con los cristales sonoros del trabajo, apareciendo ante nuestra vista cuatro veces «grande»: la grandeza del cerebro, potente como Prometeo y majestuosa como Minerva; la del «carácter», resistente a los espolazos del dolor como un revolucionario ruso; la del «corazón», suave y sutil como la sonrisa de un bambino; y la de su «vida» toda, grande como el océano, buena como una madre, bella y promisora como una esperanza o una promesa.

Nunca tendrá mejor ocasión la juventud para rendir un homenaje que ante la tumba de este viejo sabio, santo moderno y profeta bíblico.

Rendirle culto es «aprender», aprender es «saber» y saber es «prever», que es la ciencia de la vida.

Vive en las regiones de la luz densa y flamígera: fuera del centro humano de la síntesis, se encuentra. Por eso he querido recordarlo con la mejor de las bellezas de mi espíritu: la sinceridad, sentida y honda, de todo lo que he dicho. No podía estudiarlo, pues, en tal caso la audacia sería pecado e impostura. No acercarse demasiado a esa rutilante hoguera, a quien bien puede aplicarse el dictado del poeta: «ya no es luz que ilumnia sinó hoguera que deslumbra».

Lo consideré un ideal: dejarlo en el sitial intangible y sereno en que se encuentra; no tocarlo para no deformarlo, que es una obra maestra.

Si me preguntárais ¿quién fué Ameghino? solo acertaría a deciros: «combinad la caballerosidad de un español y la ciencia de un mago asirio y tendréis a Florentino Ameghino».

Victorio M. Delfino.

La Plata, Agosto 6 1915.

El espíritu universal de todas las leyes, de todos los países, es el favorecer siempre al fuerte contra el débil; a quien tiene contra quien no tiene.

Rousseau.

Puntos de borrascas

I

Con la última ilusión de un bien lejano
Requerí mi bordón de peregrino;
Cual lazarillo fiel, en el camino
El dolor me llevaba de la mano.

Aquellos a quien fuí como un hermano,
Me abstuvieron el pan, la sal, el vino...
De todo me abstuvieron; el destino
Así es, a veces, por demás humano.

Con esa bonhomía del que es fuerte,
La senda proseguí de mi tormento...
Con tanta saña me golpeó la suerte

Que hoy nuevo golpe que me dá, no [siento;
Ya estoy acostumbrado al sufrimiento
Y espero, sin desear, la dulce muerte!

II

Olimpo abajo por abrupta escala
Rueda bramando el formidable trueno,
Y un profundo temblor turba el sereno
Reposo de la aldea. Firme el ala,

Que el recio vendaval no desiguala,
Va un águila tranquila; adquiere el heno
Un verde más sombrío; el hondo seno
Del surco un vaho de humedad exhala.

Un relámpago, un trueno. Hacia el ocaso,
Rasgando ún haz de nubes se abre paso
Un moribundo sol de tonos flavos;

Arremolina el viento en las aceras,
Y la lluvia amosaica las primeras
Gotas redondas como dos centavos.

Domingo A. Robatto.

Jesús María, Agosto 1915.

LA VOZ INTERIOR

—Y tú, bella, ¿no amas?
—Es que pienso en el hijo...

La obra de los gobiernos

—

Los vicios y los abusos del gobierno de las sociedades, ocasionan un desperdicio de fuerzas y de riquezas que va creciendo a medida que aumentando el poder productivo del hombre, ha desarrollado los recursos de las naciones. Armados del poder irresistible que les confiere una soberanía sin límites, no teniendo que soportar sino a intervalos cada vez más largos la presión de la competencia vital en su primitiva forma de guerra, protegidos contra la competencia en su forma nueva por la persistencia de un régimen de «sujeción» que castiga como un acto de alta traición toda tentativa separatista de los consumidores de sus servicios, investidos asimismo de un monopolio que pone a merced suya, a despecho de todas las garantías constitucionales o análogas, las libertades necesarias del individuo: libertad del trabajo, del cambio, de asociación, etc., y que subordina el derecho de propiedad de cada uno de sus «súbditos» a su soberano derecho de tasar, reglamentar y hasta apropiarse tal o cual rama de la industria que juzguen propia a aumentar sus recursos y a cubrir sus déficits, los gobiernos civilizados o pretendidamente tales, se han entregado, hace un siglo, a una verdadera orgía de gastos. Para lograr esto les ha sido preciso someter a sus súbditos a una contribución cada vez más complicada y tupida, que arrebata a la multitud, en los países menos gravados, una quinta parte del producto de su trabajo y en los demás absorbe un tercio, sin hablar de lo que se sacan por impuestos de protección en provecho de los intereses políticamente influyentes.

Y no se han contentado con estas cargas que aplastan a la generación presente: han tasado, con los empréstitos que se han multiplicando sin medida, el trabajo de las generaciones futuras hasta la consumación de los siglos.

Las nocividades causadas por este régimen de monopolio gubernamental son a la vez materiales y morales. Pueden resumirse en dos palabras: encarecimiento y corrupción. Las cargas impuestas a la generalidad de los contribuyentes o de los consumidores por las tarifas fiscales o proteccionistas se añaden, en último análisis, a los gastos de la producción y elevan artificialmente el precio de las cosas. Este encarecimiento tiene por efecto natural e inevitable empobrecer las poblaciones disminuyendo su poder de compra. Otro efecto peor hay además del empobrecimiento en una época en que el engrandecimiento de la esfera de los cambios pone a todos los pueblos en competencia, y es el de exponer a los más débiles en esta lucha a la pérdida sucesiva de sus medios de subsistencia, a una decadencia y a una destrucción tan seguras, y tal vez tan completas, como las que amenazaban antes con la invasión y la conquista. La corrupción es otro fruto de este régimen. A medida que los gobiernos crecen en volumen que extienden más sus atribuciones y que sus presupuestos aumentan, se van convirtiendo en una presa tentadora, pues colocan a los que los posean en condiciones de existencia cuya superioridad es tanto más grande sobre las de la multitud cuanto más pesadas son las cargas públicas que la aplastan. En posesión de la máquina temible que fabrica leyes, confiere protecciones, subvenciones y monopolios, teniendo a su disposición un presupuesto que suma centenares de millones y en los grandes Estados miles de millones, los gobiernos son los dispensadores del poder y de la riqueza. De ahí que se haya formado una clase de «políticos» que desempeñan cerca del cuerpo electoral, investido de la soberanía, un papel análogo al de los cortesanos de los soberanos del antiguo régimen. Se esfuerzan en persuadir a esta multitud ignorante y apasionada que ellos sienten por la Patria un amor no menos puro y desinteresado que el que sus antepasados sentían por el Rey. Halagan sus apetitos más groseros y sacrifican sin pudor los intereses generales de esta patria que dicen adorar, a los intereses particulares de que depende su elección. Y para decirlo todo de una vez, son los artesanos del inmenso despilfarro de fuerzas vitales que agota las naciones modernas y de las prácticas viciosas que las desmoralizan.

G. de Molinari.

El amor y la naturaleza

—

La hipocresía social ha prostituído una necesidad orgánica. El aislamiento de ambos sexos; su educación completamente opuesta; su misión social tergiversada en principios por el proceder brutal de las sociedades pasadas, ha substituído, merced a la opresión y a la obra continua de la literatura mercenaria, la resultante de un acto vital por una frase que aisla una manifestación de la materia, substituyéndola, contra la realidad de los hechos, por un estricto afecto del espíritu.

Y como todos los prejuicios psíquicos-sociales encuentra defensores en la «virtud» ignorante de las masas, el amor, elevándose a un idealismo verdaderamente utópico, conduce a sus partidarios a la negación absoluta de las leyes naturales por la admisión de ese absurdo basado en el asentimiento de la mayoría de los hombres y que relega su causa productora a último término sin más lógica que una voluntad mal empleada o los actos de un cerebro enfermo, afecto pernicioso del tradicionalismo literario.

Así oímos diariamente afirmar que éste es un sentimiento independiente de todo placer sexual, capaz de germinar sin pensar en satisfacción material alguna y en síntesis: una pasión ajena a todo materialismo y cuyas causas psíquicas no guardan relación con las que impelen al organismo a la consumación de sus placeres físicos o también un sentimiento artístico (1) que como tal se localiza y tiende a separarse del verdadero sensualismo presentándose con intermitencias voluntarias en conformidad con la finalidad preconcebida.

La circunstancia de encontrarse sometido a la influencia de los agentes físicos, como el calor o a la constitución de los individuos en los cuales se manifiesta, hase que éste caiga por completo en el materialismo el cual rehuyen no pocos radicales más que por temor de la aproximación a la «bestia», por las deducciones alarmantes contra este platonismo, sentimiento o como queramos llamarle que participa de un misticismo semireligioso y que domina hoy por autosugestión, desconocimiento o falta de observación de las sensaciones fisiológicas percibidas a partir del momento de la concepción y el tiempo que media entre ésta y su traducción en hechos.

En realidad, el amor no es un afecto inexplicable capaz de ocasionar modificación sensible en los caracteres de los hombres. No nace, existe cuando el organismo funciona normalmente y se trasluce con motivo de una impresión visual (generalmente así sucede), dando lugar a una excitación nerviosa que, al adquirir mayor amplitud, pugna a manifestarse una vez lo cual cesa para empezar de nuevo.

En ésto, el individuo obra por imperiosa ley de la naturaleza y dependiendo únicamente de ésta, sin agentes exteriores las gradaciones se verificarían aunque inconscientemente.

Que no depende del grado más o menos grande de cultura ni que es un afecto superior que se superponga a los egoísmos de los hombres, le vemos palpablemente en el considerable número de mujeres seducidas y que el descenso pasional ha motivado su abandono ¡qué diferencia en los procederes si al terreno intelectual perteneciera! No se daría un solo caso en que un marido se sintiese indiferente las más de las veces, déspota, cruel y despiadado otras, y amoroso, afable y tierno cuando a la satisfacción sexual aspira. Por sí mismo se hubiera impuesto al falso honor salvando en su impetuosidad los obstáculos sociales y en buena lógica, no motivaría el golpeamiento del objeto amado y la ofuscación de la inteligencia que convierte a cualquiera de ellos en esclavo o tiranicida, por su efecto hubiera desaparecido y lo que es esencial y contundente: «en vez de enfriarse con los años aumentaría en intensidad» contra la realidad de los hechos.

Para nosotros y basándonos en la significación harto elocuente de la vida, no es más que los procedimientos que empleamos para satisfacer una necesidad orgánica y si en algunos llega voluntariamente y por la lectura de obras sentimentales a una prostitución cerebral muy pronunciada que determina una ataxia especial del pensamiento, sólo tiene lugar — así el examen lo manifiesta — en individuos en los cuales los nervios ópticos, el centro psicoóptico o el erector funcionan normalmente puesto que la lesión u atrofia de estos órganos, imposibilitan al individuo para la realización de los fines del amor.

F. Castro.

(1) Schopenhauer lo da a entender así en su opúsculo «El amor», pero se presta a interpretaciones muy diversas. Mi desconformidad con él es absoluta.

Cuando pienso en todos los males que que he visto y que he sufrido, procedentes de odios nacionales, reconozco que todo eso reposa sobre una grosera mentira; ¡el amor a la patria!

Tolstoy.

Nuestra encuesta gráfica sobre las leyes de Residencia y de Defensa Social

LAS PRIMERAS RESPUESTAS -- ROJAS. OÑIVERTA. MACAYA.

Pregunta a los dibujantes:

¿En qué forma ve Vd., a través de su arte, al proletariado bajo las leyes de excepción?

No se acusará a los anarquistas de desear el atraso. Al fin y al cabo, todas sus obras van encaminadas a buscar el progreso, sea en el orden que sea. La acusación más grave que puede hacérseles (y esta se torna fácilmente en su elogio) es la de ser extremistas en sus concepciones de progreso; esto es de concebir y divulgar una doctrina social tan adelantada y tan culta, como los hombres de esta sociedad no la imaginan siquiera. Esta es toda su acusación de líricos o utopistas, como acostumbra a llamárseles.

En el orden de las concepciones de progreso puede decirse que el anarquismo se abre como las ramas últimas del árbol, destinadas a sustentar la flor más alta y el fruto más elevado... Su concepción es la más adelantada y la más culta, y su moral, al revés de lo que se ha practicado hasta hoy, se funda real y verdaderamente en la armonía, la educación, el aumento de patrimonio y la felicidad y la dicha para todos los hombres, haciéndoles huir al azar para regirse, según la inteligencia, por leyes matemáticas y exactas, cuyos resultados, también matemáticos y exactos, a todos puedan evidenciarse, y sean en nuestra alabanza o consideración como lo es al árbol su fruto!...

Clavados en un medio adverso, los anarquistas, representan una nueva mentalidad. Nada ha impedido su aparición; por el contrario, todo ha contribuído a su nacimiento. Pero los practicantes de todo culto o religión bárbara se defienden siempre como fieras: esto ha traído la lucha, el encarnizamiento contra nosotros. Las dos mentalidades están hoy enfrentadas; esto, como se comprende, es intolerable para los sacerdotes del becerro de oro: no reconocen otra causa las leyes de excepción contra los obreros y los anarquistas. Sería el caso de preguntarse: ¿se forma caprichosamente una mentalidad? Cuando se extirpa una ¿no nacerán dos para llenar el claro y ocupar todavía más espacio?... ¿Qué se conseguirá con deportarlos y encarcelarlos? En fin, el Congreso se ha hecho fuerte en la conservación de esas dos leyes. Nosotros, por nuestra parte, no pretendemos sino exponer la forma física—de barbarie también—con que se combate esa mentalidad. Nuestra encuesta a los dibujantes no responde a otro objeto. Existe, además, opinión formada respecto a esas leyes; nuestra encuesta quiere demostrar por medio de la idea gráfica, lo que ellas son, y nada más...

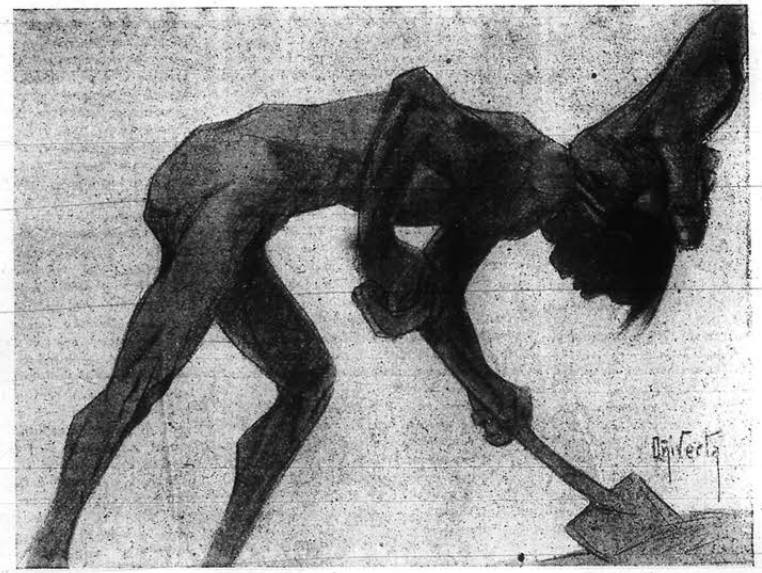
DIBUJO DE ROJAS

Epigrafía de la Ley Social

«Galeoto fu el libro e chi lo scrisse»; galeota fué la ley y quien la hizo..., Galeota fué la letra, el espíritu, el motivo; Galeoto el sentimiento en que se inspiró. Galeoto fué el proceso, galeoto fué el juez y galeoto el tribunal que la revisó y revalidó... Galeota fué la ley y quien la hizo, galeoto quien la defendió, la puso en orden y en regla, entregó a los galeotos vestidos de ciudadanos y los incluyó en el estado civil... Galeota fué la ley y quien la hizo; galeoto quien la revisó, la revalidó y la hizo cumplir. — Por mientras dure, y para después que dure, queda hecha la epigrafía de la Ley de Defensa Social...

Bromas aparte, y aparte también el valor de nuestro temperamento de diamante, ya van a hacer dos años que estamos presos, que hemos perdido la libertad, — esa relativa libertad, que es la de circular, sin tomarnos nada, por en medio de las cosas apropiadas, como un viajero por entre los bagajes amontonados. Bromas aparte, la libertad de la calle es la de circular, sin tomarnos nada, por en medio de las cosas apropiadas, —riquezas y también derechos; palacios, cuadros encerrados en vitrinas o defendidos de nuestra mirada por alguna prohibición particular; libros avaramente reservados en las bibliotecas; campos por los que no podemos detenernos ni pasar; aguas a las que no podemos llegar, en las que no es permitido mojar la mano ni el pañuelo; y también torsos vestidos, talles de mujer, vendidas o prometidas al oro ajeno—; pero aún así es una cosa preciosa! Bromas aparte, podemos reirnos cuanto quiéramos de nuestra cadena que nos aprieta la muñeca, pero no nos sofoca el corazón; podemos reirnos de la bromita del juez (pues fué una bromita), de la bromita de la cámara y de la bromita de la corte, el tribunal más alto de todos, que la cárcel no deja de ser una cosa seria en la cual los hombres deben pensar y ver con los ojos muy abiertos qué desgraciados, qué infelices son...

Bromas aparte. T. Antilli.



DIBUJO DE OÑIVERTA

A BORDO. -- DEPORTADOS DIBUJO DE MACAYA

CeDInCI

LA SOMBRA MALA

¡Pase! ¡Pase!

Entró.

—¿Qué tal?

—Aquí estamos.

La puerta maciza se cerró tras sus talones. En las cárceles es peculiar la celeridad nerviosa de las puertas, al tragar la presa... Esclusa, siniestra linde entre la vida y la muerte, el agua y el cieno, asimila en la ejecución diaria la rutina maleante de los celadores empedernidos. Adquiere alma humana: carcelera. Se abre torva, rechinante, y de atrás huele el paso inseguro, o fastuoso del reo infeliz, vacío, con alardes de autoritarismo supremo. Se aprieta tras él como la tapa de un ataúd...

Escrutó los rincones el hombre. Miró el techo. Le torció los ojos a la puerta. Y después, me miró a mí.

—¿Qué tal? — repitió.

—Ya lo vé — balbucí displicente.

(Juh!...

Y tornó a investigar el báratro con ojos zahoríes, como buscando un misterioso socavón de escape, un escondrijo. Quien sabe qué...

El calabozo, hediondo y mudo, parecía el tórax de un bandido. Taciturnos en el silencio, goteaban los minutos; pesaban las horas; abrumaban los días. La tristeza dolorosa asesinaba la salud. En la entraña contraída se sentía la congoja enorme de la vida, como una maldición. Y la impotencia, el alma, sudaba sangre yerta en el abandono espantoso, demacrando la paz, torciéndola en simulacros de muerte odiosa, de estrangulación... De vez en vez rechinaban los cerrojos, crujiendo en el silencio como una mandíbula satánica, en quien sabe qué masticaciones antropófagas.

—¿No hay aquí donde sentarse?

Yo miré la piedra, glacial y huraña del piso. Y no dije nada. Recién entrado a la cárcel, denunciándose alcoholista por el tufo espirituoso, contrabando de la libertad, que inundaba el aire empobrecido del calabozo, aquel recluído me pareció un impertinente, puntualizador de iniquidades.

—Ya te van a traer el sillón del alcaide.

—¿Quién es ese? — me inquirió.

—Qué se yo? Yo no soy.

—Che, animal, ya te van a traer el sillón del alcaide. Esperálo. Ya va. ¡Potro!

Husmeó la voz, olisqueando hacia arriba. Provenía del calabozo contiguo. Y se tomaron a insultarse. Las frases torpes, zaparrastrosas, se cruzaban mordiéndose por una rejilla intermedia del muro, incrustada junto al techo. Vomitaban sin verse, sin saberse, a pulso, peloteando, toda la inmundicia clásica de la animadversión racional. Se distraían... De pronto se abrió el ventanillo — una especie de cratícula sórdida tajeada en la parte superior de la puerta — y aparecieron como en un cuadrante los bigotes matoneros y el ojo miriente del guardían.

—¿Quién grita aquí? ¡Silencio!

Tampoco dije nada.

El recluído nuevo intentó quejarse.

—¡Cállese la boca, insolente! ¿Qué se cree?...

Anotó la falta en su libreta roñosa y se fué, cerrando con estrépito.

La losa aplastante del silencio, la nada hecha espíritu de enervación, volvió a caer sobre nosotros; muerta. Quedamos, sentados en el piso, dormitándonos. La piedra bajo mi mísero acurrucamiento, como una vagabunda innoble, se negaba a entibiarse. ¡Maldita! El borracho se quedó dormido, pegada la cabeza al muro lustroso de alquitrán, con la boca abierta, fuelleando el pecho en una respiración basta y oliente; libre en parte del cúmulo de sus odios patrimoniales.

¡Her-ma-ni-to!... ¡Her-ma-ni-to!...

La voz parecía venir de un abismo, de algún macabro mundo exterior. De ultratumba acaso. Se despertó sobresaltado el otro. La oración, la hora rosa en las campiñas, vitales y frescas, iguales a mejillas ruborizadas; había envuelto en densa humareda de bruma el calabozo, por contraposición. Un hálito supersticioso de aparecidos acéfalos empuñando los rabos negros, se cernía fantástico en el ambiente, cargado de gases. La sombra corporizaba una pesadilla.

—¡Her-ma-ni-to!...

Se incorporó alto mi acompañante y manoteó ahogándose las paredes peladas, en el vacío tétrico.

—¡Her-ma-ni-to!...

—¿Qué es eso, Jesús? — prorrumpió —¡Yo grito!

—Cállese — le ordené a tiempo.

—Pero qué?...

—Nada. ¡Silencio! Es un preso que se está muriendo de hambre en este calabozo del fondo.

—¿Cómo?...

—Sí. Hace dieciseis días que lo tienen a pan y agua. Yo le alcanzo algunos bocados de carne. Ahora verá.

—¡Dieciseis días!—y en la penumbra lo sentí imaginativamente temblando de horror y piedad.

—¡Ya!—expresé bajo.

Y de continuo se oyó el raspaje lento, tartaleante, del cuerpo ascendiendo por la pared, del otro lado. Rastreaba, prevenido; se detenía al menor augurio de sorpresa; volviendo a andar, trabajoso, a esfuerzos extenuados.

—¡Hermanito!—secreteó al fin tartamudeando por la rejilla.

—Venga. Usted me va a sostener.

Se quedó indeciso. Le tomé casi con violencia arrimándole a la pared, a guisa de un trasto. Y trepando por el torso, sintiéndole la dureza de las articulaciones, subí hasta sus hombros con una media ración de «tumba». Arrancando a dentelladas los bocados, dí a meterlos con la punta de los dedos, a través de la rejilla de mezquino calado, en la boca ávida del hambriento. Los devoraba, con las piernas y los brazos abiertos para sostenerse—como una gran rana suspendida—en las paredes laterales del calabozo, desgraciadamente angosto, encajando la cara en el hueco de la rejilla. Esta le parecía una mónstruosa careta de hierro. Bocado a bocado, a aquel semejante muchachón corpudo, le daba de comer como a un pajarito. Bajo mis pies me temblaba el pedestal...

—¡Qué hambre!

—No hay más—le dije, pasando por la rejilla la última pizca.

—¡No hay más!—y la exclamación le lloró en la boca.

Se llamaba Zaporiti. Era acróbata. Un pobre diablo mediloco, preso por una fruslería. Diez días iban que le proporcionaba la mísera alimentación al anochecer; única hora sustraíble al espionaje carcelario. Trocábase, moralmente... Siendo en el pabellón «un incorregible», en el calabozo se comportaba bien. Indudablemente hay una bestia tímida en el juicio de todo cerebro humano, imponiendo conservarse... El castigo era por un mes. Un hombre venía diariamente, lo ojeaba, sonreía, previniendo que podía continuar la pena. Al ese hombre la ciencia le había otorgado un diploma para beneficio de la humanidad...

Penábamos...

El régimen cachafáz y empírico de la cárcel mordía en nuestra desvalidez. Nos hacía doler el infortunio. Del lado opuesto, yo sentía palpitar en mí, por un fenómeno inductivo, el cuerpo de aquel muchachón deszogado, tiritando de frío y de hambre y desolación. Como un águila desplumado... Envueltos en una simple manta que se nos permitía, rugosos, confusos, enraspecidos, tomábamos proporciones de sombras en la pared, de duendes espiando la marcha del mundo, sintiendo la respiración encanallecida de las cosas... No hablábamos. El preso nuevo se enfermaba de terror. Pálido, los ojos en una vaga intención de huída, yo lo miraba sobresaltarse a la voz del otro; lo sentía tembloroso bajo mis pies. Lo sacaron...

Un día, mi protejido no pudo trepar ya, sucumbiendo a la inanición.

—¡Her-ma-ni-to!—demandó a la hora precisa, con el quejumbre más desgarrante.

—¿Qué? Sube.

—No puedo. Tiremelos. Yo los recogeré aquí.

Lo hice. Del otro lado se percibía el leve arrastrarse del cuerpo huesoso a la caza de los bocados que disparaban al caer sobre la piedra sucia. Y, la fatalidad nos traicionó. Sin precavernos de contarlos, un bocado, dos, habían corrido hasta la puerta, denunciando el delito al guardián que abriera al día siguiente. El carcelero los presentó en la alcaidía. Y el preso fué transportado a otro calabozo aislado, negándose a delatarme.

—Vaya a su celda. Ha cumplido su pena.

Salí. Vacilante al andar, ebrio de debilidad y amargura; el piso me parecía de lana. La luz me dolía en los ojos. Sentía sobre el cuello el peso de la cabeza... Al atravesar el pequeño patio de los calabozos penales, me detuve. Cuatro presos sacaban un féretro por el portón de calle, de dobles barrotes.

—¡Vaya a su celda!—me gritó feroz el guardián.

Anduve, sin mirar más.

—Se va Zaporiti — me dijeron algunos presos al recibirme en la galería del pabellón.

—Sale en libertad.

—¿Sí?

—Sí; sale con los pies para adelante. Absuelto de culpa y cargo. Recién lo sacan — y rieron en conjunto el brutal estoicismo.

Le habían matado. La hambre tremenda, el frío, la fetidez y el desaliento —el ingerto híbrido progenitor del bacilo — le acarreó una tuberculosis fulmínea. La enfermería de la cárcel era una insolente mistificación. Se fué en seguida... Y la impunidad amontó todas sus sombras, como una montaña malévola, sobre sus miserables despojos.

De pronto se arremolinaron los presos en el pabellón. Uno se había ingurgitado medio litro de kerosene. Le reconocí al conducirlo hacia la guardia, horriblemente descompuesto por las náuseas: era el mismo, mi compañero de encierro unos días. — Los alcoholistas que caen a la cárcel, sufren bárbaras nostalgias libatorias. Mustios, deprimidos, entresecos, se enferman de normalidad. Sufren en el hígado cebado la tremenda sed del fermento. Despertados bruscamente de la semi-inconsciencia conatural del vicio: contraen la debilidad del sentimiento. Y se hacen sensibles, como una lastimadura enconada.

El fin de Zaporiti hirió al alcoholista en su nueva alma, llaga de la realidad. Ahogándose en la pena, vió el recipiente de kerosene, como una deidad amorosa... Se lo bebió. Fué al calabozo. Hay partes donde el sentimiento es un infame conspirador.

—¡Se ha tragao el carosén! ¡Qué bárbaro, sacarle el ojo a la yegua!...

—Prendéle un fóforo...

Silbaba, el frío hiemal sobre el edificio penitenciario. En las almas una laxitud terrible, un desarme de espíritu, propiciaba el aniquilamiento total: la ruptura del ánimo. El cadáver de Zaporiti, el pobre loco acróbata, pesaba en el corazón de todos. ¡Y las caras reían!

Arriba, al tope, tremolaba rasgada por el viento filoso una bandera argentina.

Albino Dardo López.

La vida útil

Lo propio de la vida es la intermitencia entre el ser y el no ser, entre la vigilia y el sueño, entre la ejercitación y la reposición de la energía, y lo propio de la dicha, en razón de la energía que pone en actividad, es ser tanto más fugaz cuanto más intensa, vale decir, que es la menos eternizable de las cosas. Por otra parte, las energías que no se emplean y las penas giradas sobre la eternidad, las gotas de lluvia que caen sobre el mar, como las horas vacías que se van perdidas en la inmensidad del tiempo.

La vida de relación es una sucesión de accidentes pasajeros, que parecen una duración solo por una ilusión de la conciencia, a causa de que la memoria retiene la impresión de los momentos pasados conjuntamente con la de los presentes, de la misma manera que, por una ilusión de óptica, el movimiento de un punto luminoso en el espacio obscuro produce la impresión visual de una línea luminosa que no existe en el espacio.

Nuestra existencia de ayer, con sus dichas y sus desdichas, no existe ya en ninguna parte, y nuestra existencia de mañana no existe aún en el tiempo, pero la primera existe como representación de nuestra memoria, y la segunda como anticipación en nuestro deseo. Uniéndose en el espíritu sobre el momento presente, lo que ya no es, lo que es y lo que todavía no es, como se unen en un panorama artificial las figuras en especie real, con las figuras en representación coloreada, hacen esa manera de sensación panorámica de la propia vida, que llamamos el yo, compuesta de recuerdos, de actualidades, de presentimientos, de temores y de esperanzas, y también, a veces, de fantasmagorías, constituídas por los respectivos purgatorios, infiernos y cielos imaginarios, con sus criaturas atormentadas, sus condenados en martirio perpetuo, sus diablos en forma de hombres con cuernos y cola, y sus bienaventurados con cara de tilingos anémicos en el Occidente, y esos dioses de pesadilla, mestizos del hombre y de animal en el Oriente.

Y la idea de la inmortalidad del yo, comporta la idea de la perpetuación del panorama individual después del aniquilamiento del sistema nervioso central, que era la placa sensible en que se revelaba, después de la cesación de la memoria, de la conciencia y de la imaginación en que estaba reflejado el ambiente, que es el componente que subsiste.

Pero lo propio de la dicha como de la vida misma, es el ser intermitentes, pues, si no cambiasen de modo, de especie o de intensidad, no podríamos experimentarlas, y las tendríamos sin sentirlas, que sería lo mismo que no tenerlas. No hay vida perceptible sin sensación, ni sensación sin cambio, y siendo absolutamente iguales todos los momentos de la dicha o de la desdicha perpetuas, la existencia invariable del alma invariable sería la indiferencia interminable; y en la seudo-existencia sin cambios, sin pasiones y sin intereses, sin accidentes, sin emociones, sin sensaciones y sin porvenir, la dicha eterna sería tan espantosamente aburrida como la eterna desdicha.

«Per troppo variar natura e bella», y una persona con un solo asunto en su espíritu es tan monótoma como un instrumento musical con una sola cuerda en su registro; la más bella melodía repetida constantemente llegaría a ser tan insufrible como el insomnio, que es la imposibilidad de suspender periódicamente la vida sensible, para recomenzarla de refresco, teniendo razón sobrada el niño que preguntaba, como lo cuenta Ellen Key, si cuando estuviera en el cielo le darían licencia los domingos para ir al infierno a jugar con los niños malos.

La belleza de los paisajes de montañas deriva de la intermitencia en el contemplarlos, y de la intermitencia en el sucederse la de los paisajes de nubes, que aparecen como montañas accidentales. Y es el cambio permanente del sujeto en evolución incesante lo que hace que cada día sea otro día para el ser vivo, aun siendo el mismo día para el ser muerto, tanto más interesante cuanto más otro, tanto más insípido cuanto más el mismo, como transcurre para el preso en el calabozo; la transformación objetiva del panorama de la vida se verifica por la sucesión de las estaciones y de los accidentes climatéricos, y de los acontecimientos del hogar o de la sociedad, y la transformación subjetiva por la sucesión de las edades, cada una de las cuales tiene sus incentivos y sus atractivos propios, que quedan vacíos de interés o de excitación en la siguiente, de tal manera que, cuando la vida se prolonga y se han usado y gastado todos los incentivos de vivir, la existencia misma queda sobrante, y del que así la tiene se dice que es «un ente» porque ya no es una persona.

En el máximum de asimilación de materiales para la vida orgánica y para la vida síquica en crescendo, todo vale por su novedad y por su intensidad en el niño; en el mínimum todo vale por su continuidad y su lenidad en el anciano. El uno rompe sus juguetes y sus trajes, y echa al olvido sus pesares y sus alegrías, sus amores y sus rencores de un día, para cambiarlos por otros diferentes; el anciano cuida su ropa, y sus recuerdos, y se resiste a cambiar de afectos y de costumbres.

Agotado el repertorio de representaciones y de sensaciones posibles, con los materiales que contiene el mundo y las aptitudes sensibles que dispone el espectador, es forzoso renovar al espectador, por la imposibilidad de renovar el escenario, para que pueda ser siempre interesante el mismo espectáculo del universo perpetuamente reproducido, para nuevas concurrencias sucesivas.

Así, la duración útil de la vida depende de la amplitud emocional del sujeto, porque la medida de la vida es el grado de interés que ponemos en las cosas de nuestro mundo.

Agustín Alvarez.

Nuestras Injusticias

Sabemos que hay más de la iniquidad necesaria. Hemos invadido el dominio de los dioses, del destino y de las leyes ignotas. Aún quedan las enfermedades, los accidentes, la tempestad, el rayo y la mayoría de los misterios de la muerte; no hemos penetrado hasta allá; pero lo cierto es que no hay menos pobreza, trabajo sin esperanza, miseria, hambre y servidumbre. Esto es organizado, mantenido y distribuído por nosotros. Son estas nuestras calamidades personales, vergonzosas pero familiares; y son más y más raros los que creen de buena fe que un poder sobrehumano preside acá. Apenas existe en nuestros recuerdos, el océano religioso e infranqueable que protegía y justificaba el retiro del pensador y del justo replegado sobre sí mismo. Hoy no diría Marco Aurelio con la misma serenidad: «Ellos se buscarán refugios, chozas rústicas, riberas de los mares, montañas: por los demás, tú te escaparás de la costumbre de desear bienes semejantes. Así las cosas, aquello será un hecho en un hombre ignorante e inhábil mientras que a tí se te permite a la hora que quieras meditar. En ninguna parte el hombre tiene retiro más tranquilo, menos turbado para sus asuntos, que aquel que halla en su alma, es especial si él tiene en sí las misiones cuya contemplación basta para gozar al instante de una calma perfecta, la cual no es otra, que un orden perfecto de nuestra alma. — M. Maeterlinck.

POESIAS DE PÕE

TRADUCCIÓN DE GUILLERMO STOCK

Para "La Obra"

"TO HELLEN"

—

Sólo una vez te he visto—
Sólo una vez—en tiempo ya dejano».
Sé que «no» muy lejano—pero velan
Brumas de lo pasado su distancia.
Era una medianoche
Del dulce mes de Julio. Y de la luna—
Que, en ascensión feliz como tu vida,
Buscaba, entre los cielos, a más alta
Región, rápida senda,—
Un velo descendía con reposo,
Con pesadez, con sueño—
Un velo indefinido
De plata y seda y luz—que se extendía
En los erguidos rostros de mil rosas
De un encantado edén, lleno de calma,
Por el que blandamente o con sigilo
Tan sólo a deslizarse se atreviera
El viento—se extendía
En los erguidos rostros de las rosas,
Que, cual desvanecidas de ternura,
Soltaban, en retorno
A la amorosa luz que las besaba,
Sus perfumadas almas—se extendía
En los erguidos rostros de las rosas,
Que sonreían con feliz deliquio
En ese paraíso que hechizaba
De tu presencia en él la poesía.

Te ví, como los ángeles vestida
De blanco, en muelle alfombra de violetas
El cuerpo dulcemente reclinado,
Mientras que, de la luna,
La plateada luz se reflejaba
En los rostros erguidos de las rosas,
Y en tu bello semblante,
Al cielo alzado con profunda pena.

¿No fué el mismo Destino
Quien en aquella hermosa medianoche—
No fué el mismo Destino (cuyo nombre
También es Sentimiento) quien detuvo
Mi paso en el dintel del paraíso
Para aspirar el delicado incienso
De esas dormidas rosas?
Todo era soledad, silencio, en torno.
Y, mientras daba a su ruindad olvido,
El mundo, que aborrece el alma mía,
Del impalpable sueño en los misterios,
Dos séres angustiados,
Velábamos a solas: tú conmigo.
(Oh Cielos! oh Señor! ¡cómo se agita
Mi corazón uniendo estas palabras!)
A solas «tú conmigo»... El pié detuvo...
La pálida hermosura
Del cielo descendía a tu existencia,
Miré con devoción; y, al encontrarse
Mi vista con la tuya,
Todo dejó de ser, formas y vida.
En ese edén que tú, maga sublime,
Con tus divinos ojos encantabas.

Perdió la luna su fulgor de perla,
Y huyeron a mis ojos fascinados,
Los ya musgosos bancos, los senderos,
Los árboles, las flores;
Y las puras esencias
De las dormidas rosas fallecieron
En los amantes brazos de los aires.
Todo—todo expiró, menos tu imagen;
Y aun ella, con la lumbre de la luna,
Aun ella se extinguió para mi vista,
Que sólo ví el fulgor de tu mirada,
Y el alma de tus ojos
Alzados con pesar a las alturas.
Los ví—y el mundo fueron
Para mi sér tus ojos imantados.
Los ví—más breves horas—
Los ví hasta que la luna huyó del cielo.
¡Qué tormentosas luchas
Del corazón! ¡qué impíos infortunios!
¡Qué lúgubres historias! descubrían,
En misteriosa unión, esas esferas
De pura luz celeste!... ¡Y qué brillantes,
Sublimes esperanzas! ¡qué apacible
Mar de engrandecimiento!
¡Qué osadas ambiciones!
¡Y para amar, qué inmenso poderío!

Ya la amorosa luna
Al mundo se ocultó bajo una densa
Nube de tempestad en Occidente;
Y tú, pálida sombra,
Entre la sepulcral y hosca arboleda,
Te deslizaste, huyendo taciturna.
Más sólo la figura de tu cuerpo—
Sólo ella—del jardín y de mi vida,

EDGAR PÕE

Por siempre se alejó: como dos astros
Quedaron ante mí tus bellos ojos.
Tus ojos, «que dejarme no quisieron»,
Y en esa noche, oscura ya, alumbraron
La triste senda hacia mi hogar sombrío.
Tus ojos, que jamás, cual la esperanza,
Mi sér abandonaron; y me siguen,
Me guían, me seducen
En el largo transcurso de los años.
Ellos mis dueños son, y yo su esclavo.
Su misión es dar lumbre
Con nobles entusiasmos a mi alma,
Cual mi deber «salvarme»
De su guiadora luz a los destellos,
Y ser purificado por su llama,
Y ser «santificado»
De su fuego celeste en los fulgores.
Ellos mi alma llenan de Hermosura
(Que es la esperanza), y lejos,
Allá en el cielo brillan: dos estrellas
Ante las que, en el triste y silencioso
Desvelo de mi noche, me arrodillo.
Y luego, cuando el día
De alegre claridad la tierra inunda,
Los veo aún: dos dulces
Y centelleantes vésperos, que el rayo
Del mismo sol no extingue!

—

EL MUNDO DE LOS SUEÑOS

—

Por una senda solitaria, oscura,
Que nadie más visita
Que espíritus del mal, y donde reina
Una Sombra, la Noche, en negro trono,
Llego de nuevo a la habitada tierra
Desde lejana y misteriosa Tule—
Desde un clima desierto,
Sublime y hechizado, que se encuentra
Fuera del Tiempo y fuera del Espacio.

Valles gigantes que no tienen fondo
Y corrientes inmensas,
Cavernas y quebradas
Y titánicos bosques,
Con formas que los hombres no descubren
Porque yacen ocultas por la niebla—
Montañas que se pierden
En mares sin orillas;
Y, mares agitados que anhelantes
Hasta nubes de fuego se levantan;
Y lagos infinitos
Que sus aguas extienden
Sus aguas solitarias,
Solitarias y muertas,
Sus aguas tan tranquilas,
Tan tranquilas, y heladas cual la nieve
De los lirios que en ellas se recuestan...

Por los lagos de lienzos que así extienden
Sus aguas solitarias,
Solitarias y muertas,
Sus aguas melancólicas y heladas,
Heladas cual la nieve
De los lirios que en ellas se recuestan—
Y por esas montañas que murmuran,
Que murmuran muy quedo, eternamente,
Junto a las aguas;—en los bosques grises;—
Por el pantano donde mora el sapo
Y acampa el lagartijo;—
En los lúgubres charcos y aguazales,
Guarida de los gulas;—
Y en los más melancólicos rincones
Y sitios más impuros—allí encuentra
Azorado el viajero, amortajadas
Memorias del pasado—blancas Sombras
Que tiemblan y suspiran, vagabundas
Errando—mudas sombras
De amigos otro tiempo abandonados,
Con dolor, a la Tierra—y a los Cielos.
Al corazón que sufre y cuyas penas
Legiones forman, es lugar de calma,
Como es un Eldorado
Para el alma que vaga en las tinieblas.
Mas al feliz viajero
De tan bella comarca,
Mirarla claramente es imposible.
Se ocultan sus misterios a sus ojos
Humanos, cuando miran
Abiertos, que su Rey así lo quiere,
Su Rey que no permite que levante
Sus ribeteados párpados el hombre;
Y sólo así, cerrados
Los ojos, puede el Alma contemplarla,
Como a través de oscurecidos entes
El alma triste que por ella pasa.

Por una senda solitaria, oscura,
Que nadie más visita
Que espíritus del mal, y donde reina
Una sombra, la noche, en negro trono,
Llego a la tierra nuevamente, errante,
De esa lejana y misteriosa Tule.

Exposición de arte argentino

PANOZZI--"EL PARRAL"

QUIRÓS--"HOMBRE CON MANDOLIN"

J. BERMUDEZ--"LA SERRANA"

Ha sido inaugurada últimamente, en el salón Muller, la exposición de obras de un grupo de artistas nacionales.

Componen ésta, telas de Quirós, Bermúdez, Fader, Christophersen, Rossi, Piqué, Ripamonti y otros.

Juzgando así, en conjunto, la exposición nos ha parecido pobre, mediocre.

Claro que esto sin desconocer el valor de algunas de las telas expuestaas y que, como «La mantilla de casco», de Bermúdez, por ejemplo, y «Gorra Holandesa», de Rossi, acusan el adelanto de sus autores.

Lo expuesto por el señor Fader, creemos es muy inferior a su cuadro «Los

ROSSI--"LA GORRA HOLANDESA"

CHRISTOPHERSEN-HOJEANDO UN LIBRO

Manilas», rico de colorido y de luz, premiado en el salón nacional del año pasado. Lo mismo pensamos del señor Quirós cuyas telas están muy por debajo de las presentadas últimamente en su exposición particular.

Varias cabezas de Ripamonti, bien tratadas; algunos paisajes de Carnaccini; unas acuarelas de Piqué; y otras obras de Panozzi y Weiss y algunos apuntes suburbanos, bastante pobres por cierto, del señor Del Campo, completan la exposición.

Con todo, pensamos que esta y las otras exposiciones abiertas anteriormente dan la impresión de que los artistas se preocupan por producir y adelantar.

Los grandes artistas

ROBIN

—

Rodin es, indiscutiblemente, el más genial de los escultores contemporáneos, y quizá el menos comprendido de todos.

Su arte, excelso arte que troca el níveo mármol en la imagen subjetiva de las pasiones, engarzada en la sublimidad de la eurítmia plástica, es el mismo que en la arcaica eflorescencia helénica, tuvo como fervorosos prosélitos ungidos de un noble amor a la estética impoluta de la vida, a maravillosos artífices que se llamaron Fidias, Lissypos, Scopas, Praxiteles.

Estos insignes maestros ejercen en el gran escultor francés la necesaria influencia que pesó también en la potencia creadora de Miguel Angel; influencia notada de igual modo en Donatello y en Puyet, el padre formidable de «Milón de Crotona». Todos los grandes poetas del mármol hubieron por fuerza de beber en la inagotable fuente del arte antiguo, que es en realidad el que más alto ha llegado en el enorme esfuerzo de reproducir escrupulosamente el cuerpo humano, junto con las actitudes emocionales que este sufre durante el paso fugáz del hombre por la vida...

Buonarrotti, poeta, pintor, escultor y arquitecto, dueño de un cerebro tan privilegiado y universal como el de Leonardo de Vinci, fué el más noble amante de la estatuaria griega, a la que —casi siempre fría y reposada— puso todo el fuego de pasión que consumíale. Llevó su afán insaciable de esculpir al hombre hasta lo infinito, a un extremo muchas veces forzado y fatigoso. Anatomista estupendo, pasóse más de una década disecando cadáveres con un ardor inextingible. Muchos de sus colosos de piedra fueron calificados por Taine, de «sacos de nueces», debido a que ellos no ocultan a la vista el menor músculo de sus ciclópeos físicos.

Esto no quita, sin embargo, un ápice de valor artístico a sus inmensas creaciones. «Moisés» sigue siendo un altísimo pensamiento plasmado en la dura y albina piedra de Carrara.

Un siglo antes que él, Donatello había también producido obras geniales, producto de su ferviente amor al naturalismo. Su «San Juan» es sencillamente uno de los más excelsos modelos del arte.

Más tarde, en el siglo XVII, de idéntica manera procedía Puyet en Francia. Artista de originalidad grandiosa, puso tanta expresión en sus trabajos, que al admirarlos siente uno en el corazón el aletazo doloroso que los anima a ellos, bloques plenos de sensaciones fuertes y nada comunes.

Bien. El arte genial de Rodin es como un compendio de los tres colosos citados. Las obras todas de nuestro artista contemporáneo, involucradas en el hálito evolutivo de las modernas corrientes filosóficas, muy otras que las imperantes de pasadas centurias, ofrecen un «summun» de belleza emotiva profundamente original.

Algunos de sus trabajos, como «Mozart», por ejemplo, son diluídos, su relieve es exiguo y se adivina, más bien que se vé, el psicológico retrato del

CeDIA

gran músico de «Il flauto mágico». Sus facciones parece se perdieran en una bruma sutil, de la que apenas emergen. En cambio, «Retrato de mujer», es una exquisita filigrama que informa satisfactoriamente de la veracidad psíquica de la modelo.

Estas rarezas del arte son propias de todos los artistas cuyo temperamento fórgase al calor de éticas diferentes en el instante de gestarse y aún bajo la influencia abrumadora de otros genios y de otras épocas.

Empero, la grandeza de Rodin, donde está exteriorizada con más empuje y vigor, es en las obras suyas que mejor acusan el lejano sello miguelangélico.

¿Quién no conoce su «Penseur»? Ese admirable coloso que piensa profundamente ensímismado, insensible en absoluto a todo lo que pasa frívolo y veloz a su vera, es la austeridad filosófica de los tiempos actuales, la inquietud moral que tiene su base en el sordo bramar conque las disensiones intestinas que roen a nuestra turbulenta época, denotan un próximo estallido en el que serán inmolados, en aras de la libertad suprema, los pobres de espíritu, los frágiles, los ilotas, eterna escoria que no ha servido jamás para otra cosa que eterno obstáculo puesto en el camino de los que, con la luz divina de la razón alumbrándoles el alma inmensa, avanzan impertérritos hacia la perfección moral de la humanidad doliente. Tal la excelencia significativa de «Le Penseur». Sus músculos vigorosos, atléticos, contraídos espasmódicamente en una tranquilidad tempestuosa, acusan la hiperestesía del dolor oculto, el desenfreno huracanado de las iras impotentes. Como el inconmensurable Prometeo de Esquilo, el también sufre la infinita amargura de sus detenidos esfuerzos, al mismo tiempo que goza de la inefable satisfacción de saberse, así y todo, fantásticamente lejos de la voracidad repulsiva de los buitres famélicos... Superior al Hombre, duda de Shakespeare el sabe que «es»; la sapientísima máxima socrática ha tiempo le es familiar. El se conoce, sabe y puede medir sus fuerzas titánicas. Sabe que existe... que es una molécula que sufre como cualquiera otra la atracción inevitable de los astros...

Fuera de duda, es Rodin quien mejor ha plasmado en la pétrea materia su tiempo y el genio de sus hombres. Sublime artista que conoce el ser humano y sabe esculpir de modo indeleble sus múltiples sensaciones heterogéneas, él es un gran poeta. Su clarividencia ha encontrado el «quid» sintetizante de la excelsa armonía de la vida.

Luis A. Rezzano.

LA POSESIÓN

La tierra ha sido dada en común a todos los hombres; nadie puede llamarse propietario de lo que queda después de haber satisfecho sus necesidades naturales. Lo sacó del fondo común y solo la violencia puede conservárselo.

S. Ambrosio

DIVULGACION CIENTIFICA

ÉTER

«El éter tiene una existencia tan real como el aire mismo».

Antisthenes ha dicho que los goces intelectuales son tan temibles como los placeres físicos y, consecuente con tal idea, excluyó a la ciencia su doctrina; adorador del supremo bien, quizá temió sentir el aguijón punzante de la duda al sondear el eterno abismo en cuyo fondo dicen que se halla la verdad, prefiriendo para su espíritu los secretos del corazón humano.

Sólo en los momentos álgidos de la lucha, brillan para el pensador moderno las palabras medrosas del filósofo, como una promesa de paz, como un refugio, donde puede adormecerse el pensamiento, vibrando todo el sér bajo el influjo de sentimientos puros; pero el desaliento pasa, despiértase el fermento que nunca muere y abandonando temores de niño el hombre vuelve al surco con nuevos bríos, feliz en el sacrificio mismo de sus fuerzas, porque es el trabajo «la levadura del placer humano».

Cuando se escuchan las teorías contradictoras que en nuestra época pretenden explicar el enigma de la materia, cuando se observa la evolución de las ideas fundamentales a través de los siglos en la vida tan limitada de la humanidad, y aun cuando siguiendo a través de las distintas épocas de su existencia a los hombres especialmente dotados, vemos sus credos modificados de raíz, negadas sus más íntimas convicciones y repudiadas sus confesiones de ayer, el peso de la roca a mover como puente sobre el perpetuo abismo parece mayor y no es extraño que las fuerzas decaigan y el entusiasmo se apague.

Los maestros son como otros tantos muezzines que encaramados en sus minaretes, cuando muere la tarde saludan al sol que resplandeciente se hunde en el horizonte, glorificando en idiomas diferentes y con alaridos más o menos armoniosos la majestad augusta del crepúsculo; todos los llaman de distinto modo, todos lo creen exclusivamente suyo, todos reciben su último destello, y suponiéndolo dormido tras lejana sierra o en el fondo del océano, bajan de sus torres como agujas para esperar la aurora, no sin antes mostrarse unos a otros el puño amenazante.

Dejémoslos con sus odios infantiles; la luz blanca del sol es azul a través de un vidrio de cobalto y es amarilla a través del cristal de urano; brilla en el diamante tallado con todos sus matices y muere sin reflejos sobre la mancha del negro de humo; la verdad encuentra en los espíritus medios diferentes, teñido los unos con color fijo e inmutable, fuera del cual no conocerán tinta ninguna, dotados de maravilloso poder analítico los otros que les permite gozar de los innumerables matices espectrales, ciegos los últimos, insensibles y opacos, incapaces de producir, un eco como arenales desiertos.

Y esta contradicción de ideas y teorías que dura desde que el hombre trató de explicarse el sistema de rodajes ocultos del cual forma también parte integrante, se hace más chocante cuando la materia de la discusión no sale del mundo físico, de ese medio real que hace vibrar nuestros sentidos, mediantes las múltiples manifestaciones de la energía universal.

Puede dudar el hombre de los fantasmas metafísicos que forja en sus elevadas especulaciones la razón pura; cabe el escepticismo sobre materias históricas, donde las bases de juicio flotan en las nubes misteriosas del pasado; no puede imponerse a nadie vaticinios sobre el porvenir de nuestra raza o del planeta que habita; el ayer está lleno de sombras y sólo penetramos en él por los recuerdos, el mañana es un misterio donde solo el ensueño engañoso puede guiarnos, y en las investigaciones de lo absoluto, no sabemos aún si por nuestra propia organización no puede el alma llegar a la verdad, agitándose en un estrecho círculo como águila cautiva en miserable jaula.

Pero dudar de lo que constituye el cimiento de teorías físicas comprobadas por la experimentación, de lo que se impone como necesario, de ese fluído elástico y tenuísimo que llena el universo y penetra la masa de los cuerpos como el aire el follaje, apretado de los taxus y el agua las celdas de la esponja, dudar del éter en nuestra época, es tan absurdo como creer posible que se ha desecado una laguna a cuya orilla vemos llegar, en círculos concéntricos las ondas superficiales que ha engendrado una flor al caer o una simple gota de lluvia; tan pueril como negar que el aire nos envuelve porque son invisibles las alas con que agita las copas elevadas de los álamos o los torbellinos que levantan columnas de polvo en la llanura.

Eter, medio imponderable, invisible tejido continuo y eterno, océano sin fondo y sin orillas, substancia madre engendradora de mundos bajo el influjo de la eterna fuerza, en su seno se agitan y se desplazan los átomos y los soles como los infusorios de una gota de agua, en continuo movimiento, en vertiginosos torbellinos infinitamente pequeños los primeros y en órbitas de incalculables diámetros los segundos.

El espíritu lo presiente desde que da los primeros pasos en el estudio de la materia y de la fuerza; y aunque lo llame vacío, como Epicuro, lo concibe como un medio puro y libre, lugar donde se realizan todos los movimientos, en esa concepción grandiosa de la naturaleza que nos ha legado la antigüedad, la más vasta y clara de todas las propuestas y quizá la más llena de verdad.

Cuando observamos con una lente la superficie de una pieza de metal notamos granos, rugosidades y estrías que a simple vista no percibimos; si en nuestro examen empleamos un microscopio de regular potencia en aumento de 400 a 800 diámetros, cambiara a nuestros ojos el aspecto del metal y modificará nuestras ideas respecto de su constitución al descubrir el tejido de elementos de forma definida que por

su entrelazamiento y compenetración producen las propiedades particulares del cuerpo; si con una preparación previa y sirviéndonos de mayores aumentos tratamos de adelantar más en nuestra investigación aunque se complicara más lo que a simple vista aparece como simple y perfectamente homogéneo, y en esos elementos de formas definidas, agujas finísimas, globulillos deformados o sólidos geométricos de extraordinaria pequeñez, veremos como puntos obscuros, las agrupaciones moleculares que desempeñan el papel de núcleos, de centros de energía como si se tratase de células orgánicas.

Y a pesar de tal suma de trabajo y de la complicación creciente de los aparatos y procedimientos ideados por el hombre, cuando parece que llegamos al límite en la división de la materia, al mundo del átomo que nos atrae con su misterio, la experimentación choca con una barrera infranqueable, y así como en lo infinitamente grande, en el confín del cielo hay todavía nebulosas que el telescopio no resuelve, en lo infinitamente pequeño, en la partícula ultramicroscópica, el microscopio no alcanza a señalar los elementos.

Pero el humano ingenio ante el cerrado paso busca sendas escondidas, emplea artificios que exageran las manifestaciones espontáneas de las fuerzas y en el spintariscopio, a través de una simple lente, puede gozar del espectáculo más emocionante para un espíritu que piensa: en el campo obscuro del pequeño aparato, sobre el fondo del sulfuro de cinc, surgen en enjambre millares de chispas de un verde pálido que se agitan y centellean sin interrupción en trayectorias variadas, con intensidad constante, resultados del choque de los átomos proyectados por el radio sobre el sulfuro fosforescente, como otros tantos sistemas de círculo concéntricos engendrados por la lluvia en la superficie elástica de un estanque tranquilo.

Cada átomo es una gota, y así como ésta, basta para ser centro de vibración en el sulfuro de cinc; pero en este caso los círculos concéntricos son esferas que aumentan de diámetro a medida que se alejan del punto de origen y su velocidad es inmensa, porque el movimiento no se produce en el agua, fluído grasero, ni en el aire, gas enormemente pesado: el movimiento se ha egendrado en el éter, en el fluído casi imponderable e infinitamente elástico que todo lo penetra y que no tiene límites.

Y el raciocinio nos muestra el metal que antes examinábamos de muy distinto modo: más allá de los elementos cristalinos, de las partículas con forma definida y de los núcleos pequeños como puntos fuera de los límites de la observación, la masa sólida, homogénea, lisa y brillante es un enjambre, es una nube de esferillas vecinas unas de otras, sin tocarse nunca, envueltas por el éter y moviéndose de continuo, vibrando sin cesar, pero sin desplazarse, sin cambiar de lugar.

Bastará que este movimiento de las esferillas elementales transmitido por el éter se haga más vivo, para que el metal pierda su forma, se licue, se vaporice, se haga incandescente; y cuando las vibraciones cambien de naturaleza, cuando las ondas engendradas por los átomos en movimiento se modifiquen en frecuencia y en longitud, las manifestaciones que llamamos magnéticas y eléctricas con sus variadísimas formas atravesaran el espacio, actuarán sobre nuestros sentidos algunas, pondrán en funcionamiento nuestros aparatos exploradores otras y las demás, desconocidas todavía, previstas por la teoría, se difundirán a la distancia, almacenándose o transformándose en los cuerpos, en ese continuo flujo reflujo de la energía universal, eterna e invariable.

Así como la gota de agua es la imagen fiel y exacta del océano, aunque reducida en grado sumo, es el mundo de los átomos el trasunto del universo visible y lo es éste a su vez respecto del infinito; y si los dominios del éter en que flotan los átomos vibrantes y los corpúsculos constitutivos de estos átomos, salen fuera de todo límite, flotan en su seno los soles y los sistemas como los noctilucos y las medusas fosforecentes en la masa fluída del océano; pero la inmovilidad y la semiobscuridad verdosas de sus abismos donde languidece la vida, no existen en el espacio: a través de los mundos, salvando distancias que costarían medir en siglos de luz en todas direcciones y desde que el reloj de la eternidad batió el primer segundo, en esa máquina de rodajes invisibles, el movimiento impera como causa y origen de la materia; en el telar maravilloso de las hebras tenuísimas se tejen y entrelazan los hilos multicolores del espectro, el calor fuente de vida, y los rayos eléctricos que nuestro siglo comienza a conocer; y en ese mar insondable vuelan y se entrecruzan las ondulaciones etéreas que van a despertar en los confines de nuestro cielo un mundo que apenas centellea o a provocar la chispa del genio en el cerebro obscuro de los hombres que veneramos como gloria de nuestra raza.

E. Herrero Ducloux.

(Conclusión de "Fragmento" de Zola)

fuerza de la felicidad realizada cuando los hombres tuvieran la visión neta y decisiva de ella. Nunca ha habido más que una lucha humana, la lucha por la felicidad, y está en el fondo de toda religión y de todo gobierno. El egoísmo, es el esfuerzo individual, buscando para sí la dicha posible; ¿y por qué cada ciudadano no ha de poner su egoísmo en tratar a los demás como hermanos, el día que se convenza de que la felicidad de cada cual está en la de todos? Si los intereses luchaban era porque el pacto antiguo los oponía unos a otros. Pero si se prueba que el interés está en la unidad, en la armonía la paz está hecha. Si el hombre hubiera puesto en conquistar al mundo las fuerzas naturales, todo afán de siglos y siglos gastado en sangre y lágrimas, sería el rey de lo creado. No es cierto que un pueblo que no lucha degenere. El ideal no tiene límites; siempre tendrá mucho que conquistar lo desconocido. A cada necesidad satisfecha, sucederá otra, despertando héroes de la ciencia y de la belleza. Como el sueño, el deseo es infinito. Como se combatió por robar la dicha ajena, ajena, se luchará por aumentar la de todos. Y no habrá más que héroes; y todo niño al nacer, recibirá un regalo de bienvenida: la tierra entera, el cielo sin límites, el sol paternal, fuente de la inmortal vida.

Lucas contento frente a su ciudad triunfante, atribuía al amor todos aquellos prodigios. El amor que había sembrado y que ahora recogía en frutos inagotables de bondad, de fraternidad. También la instrucción, la educación, nuevas, junto los dos sexos y dándoles los mismos conocimientos, los había llevado a entenderse con un fin ya único, amar mucho para ser muy amado. Lo que juntaba en la escuela, se afirmaba en el taller, con el amor florecía. Los amigos de la niñez amantes en la juventud, formaban las parejas siempre fieles y juntos se llegaba a la vejez. Sin embargo, la libertad subsistía; era lícito separarse sino sabían entenderse, y los hijos quedaban con uno o con otro, según su gusto: o bien los acogía la comunidad si surgían dificultades. El duelo aquel entre el hombre y la mujer tanto tiempo origen de amarguras, se resolvía dejando a la mujer libre, igual del hombre, su compañera por ley del albedrío. Podía no casarse, vivir como un hombre, ¿pero, a que mutilarse, negar el deseo, aislarse? Hace falta toda la vida. El orden natural, se restablecía pronto, la paz reconciliaba los sexos. Cuando dos enamorados, la carne en flor, se prometían en un beso, en la templada noche, seguros estaban de ceder solo a la pasión. Nadie podía venderse por la dote y no cabían maquinaciones de las familias para echar una hembra a la parada, pensando en la ganancia.

Era el pleno amor depurado, saneado, hecho perfume, llama, el foco de la vida. Extendido, general, universal, naciendo de la pareja para pasar a la madre, al padre, a los hijos, a los parientes, a los vecinos, a los conciudadanos, a humanidad entera, en ondas cada vez más grandes en un mar de amor, acababa por bañar al mundo. La dilección era como el aire puro que alimentaba todos los pechos. La humanidad, equilibrada al fin como los astros, por la atracción, la ley de justicia, de solidaridad y de amor viajaría en adelante dichosa a través del eterno infinito.

Emilio Zola.

Bibliografía

«Conflicto y armonías de las razas».

Hemos recibido esta interesante obra de Sarmiento editada por «La Cultura Argentina», que dirige el doctor Ingenieros. Cumple, así, esta biblioteca, el fin educativo y de divulgación que se propone.

«La creación del mundo moral». También editado por «La Cultura Argentina» hemos recibido esta obra, de Agustín Alvarez. Componen ésta, una serie de treinta artículos, precedidos de una introducción de Joaquín V. González.

«El Pájaro Azul». — Nos ha llegado el número 10 de esta revista dedicada a la infancia y que dirige el compañero Julio Barcos.

Talleres Gráficos
de "LA PROTESTA"
California 1955 U. T. 317 Bcas.

IMPRESIONES EN GENERAL

Anexo: Librería "LA PROTESTA"

PIDASE CATÁLOGO

TALLERES GRÁFICOS "LA PROTESTA" - CALIFORNIA 1955